

**MARGARITA GARCÍA ALONSO**

**EL CENTENO QUE CORTA EL AIRE**



**BETANIA**

EL CENTENO QUE CORTA EL AIRE

MARGARITA GARCÍA ALONSO

EL CENTENO  
QUE CORTA EL AIRE

editorial **BETANIA**  
Colección BETANIA de Poesía

Colección Betania de POESÍA  
Dirigida por Felipe Lázaro

E-mail del autor: [margari@wanadoo.fr](mailto:margari@wanadoo.fr)

Portada: Creación digital, *Trigal de Van Gogh*.

© Margarita García Alonso, 2013  
Editorial Betania  
Apartado de Correos 50.767  
28080 Madrid, España

I.S.B.N.: 978-84-8017-334-6

Hecho en España - *Made in Spain*

*Ofrezco mi pecho lo mismo al bien que al mal.*

W. Whitman

**I**

## SEDADO

El perro ha pasado la noche  
en la noche sin techo  
para convertirse en lobo,  
en falso lobo antiguo  
que mordisquea el susto.

Merodea, si quisiera  
estallaría el cristal del péndulo  
pero teme a la obligación, al castigo.

El perro quiere el cuerpo  
que trina en el reloj de cuerdas,  
al pajarillo ceremonioso  
encerrado en un corazón artificial  
entre fibras plásticas,  
tras la puerta en espera  
del segundo para ver el día,  
sedado como si fuese víctima  
de un accidente de la ruta.

Mucho grita en la negrura,  
grande es la desolación,  
cada campanada le  
devuelve a la tumba.

El resorte fustiga como un látigo  
o quizás sea su sangre que desorienta,  
dicen que encontró la redención del pájaro

y su paraíso es avisar que ha despertado,  
que será breve en la aparición.  
Apenas una hora en eternidad  
donde se cree solo,  
en el fondo del universo.

El silencio le muerde el cráneo.  
Sospecha: es culpa del perro  
que se cree lobo,  
mientras vigila la última hora,  
con sobresalto.



## HERRERO

En el cobre apretujado, golpe, golpiza  
una tras otra.

La tela metálica sobre la piedra  
sobre la copia de piedra en acero  
en acero molde de todas las piezas  
que anhela el Hombre.

Acero matriz que adiciona vicios  
de gente sola.

Por mucho que canta el martillo  
por mucho que recite  
es poco el alimento que entra  
al músculo seco.

Ha perdido la cabellera el herrero  
por mezclar yeso en figurinas  
que hacen polvo en su nariz.

Ha perdido las uñas de recuperar  
ceras perdidas en los orificios  
tallados por el hierro.

Corta el látex, impuras resinas,  
reiterativos comandos a la moda humana:  
el mundo solicita infantes que desfilan  
blasfemando del taller, la fragua,  
la anticuada astilla.

Inacabados personajes de caucho  
ocupan troqueles de sonrisas.  
El herrero, sin encargos de cobre  
o chatarra forjada,  
apaga el brasero.  
Donde antes sacaba la forma única  
repite al infinito el mismo diente perfecto.

Pero no dimite, se pavonea  
bajo el grueso delantal en cuero  
que aporta virilidad a su derrota.  
Escucha a los pajarillos  
del parque cercano,  
le da por desmembrarme en ácidos  
que terminan por prender fuego  
en el bajo de su pantalón.

Hace el paripé de abandonarme  
en la repisa  
entre personajes de teatro  
excepcionalmente idénticos,  
como catalejos de balcones  
enrarecen la atmosfera.

El herrero acomoda  
dos bolas de cristal en mis ojos,  
quizás no sea la vista la que lleva  
al siniestro  
y el punto dramático de mi destino  
repose en la lengua.

Murmura: «Te van a cortar la úvula  
si atrapas la esencia.  
De tu pulmón brota un perfume raro.

Si hablas, si te afilo la lengua  
es para que dictes señas  
al enemigo de la Corona».   
Desvelada por el martilleo  
de una máquina compresora,  
me humaniza  
el hacha que talla mis venas  
hasta hacerlas hilo.

—Qué todo se asemeje al destino—

Y no sangro,  
ni un grito quiebra el techo  
donde antes se fabricaba la raza  
del paraíso.

## SONIDISTA DEL ALBA

Como si fuese un aguacero,  
la primera nevada anuncia  
la temporada de silencios.

Cada despertar la misma monosílaba  
cierra la entrada donde he permanecido  
extendida bajo mantas de cebollas.  
Predispuestas al corte exudan aguas  
en el ojo que lagrimea  
la imposibilidad de recordar  
lo que acaba de ver.

Cacofonía de bosques talados,  
lamentos superpuestos  
cuando arañó los cristales.  
Pasos en los corredores del edificio,  
pasos graves de cuerpos  
que tienen el ala descarnada,  
como si permaneciesen inmóviles  
en la antesala de un puerto.

La muerte pesa sobre libros  
donde poso ojo y lamento.  
El señuelo del iris irradia  
el muro de ladrillos  
donde habita la respiración  
al alarido, la mala palabra en su caja.

Quiero oír el corazón de mi madre,  
el latido que fustigaba aguas rojizas,  
la palpitación que me irrigaba.  
Me seducía su bronquio,  
a punto de estallar en el clítoris  
lanzaba latigazos a un falo  
con un hueco en la cabeza  
como si fuese el Cíclope.

Y luego la visión de un río de lava,  
el ruido perforador.

Ante mi rostro de cincuentenaria,  
más perdida que Colón sin su amante la reina,  
cuento monedas en un bolsillo roto  
calderillas que resuenan en la saliva.

Amargo picotear entre los dientes  
cuando escojo el pan negro,  
el vestido gris, el lente de la nueva cámara  
que solo ve un millón de píxeles  
atorados de secretos

—y todo bajo el más absoluto silencio—

Heme pues al alba  
recapitulando estribillos,  
—un nombre, siempre el mismo—  
me despierta del letargo,  
de la bruma en que me ha sumido  
la proliferación de banalidades,  
los títulos dichos sobre una  
mesa de colirios.

Bajo la música tecno tamborileo,  
los pies, las manos despejan  
el humillo de un cigarro  
que se niega a ser consumido  
antes de que entre en la tripa  
la ración grasosa del día.

Nadie a mi alrededor canta  
palabras de mi lengua natal,  
nadie sacude toallas desde el balcón  
solo veo una alfombra que se deshace  
en el hilillo de nieve,  
la traza de un pie que hunde el blanco.

El cerebro en el esfuerzo,  
me da miedo no oír a nadie,  
—seis, son seis meses de invierno—  
y recuerdo la voz de mi madre  
el regaño de mi padre  
el consejo de abuela  
a mi abuelo que silba  
mi hija grita  
reclama leche  
mis hermanos en el eco  
de la casita  
la voz del amante me escalofría,  
la voz del poeta que muere  
agotado de infames

sin orden,

una y otra vez arriban  
se plantan en bacanal  
en esta música que eriza las luces

gira en los espejos  
y me deja escuchar  
lo que ha partido,  
lo que queda  
lo que soy al infinito:

el ruido inútil,

la pluma negra que vomita tinta,  
el temblor sudoroso,  
la exaltación sexual  
sin repercusión en el registro  
cabalístico de la oreja  
y su pendiente marchito.

Oíd, por favor, mi cabellera  
barre la sonería de portables,  
el timbre de la escuela,  
el despertador y su alerta,  
la última vez que me dijeron amor  
y se abrieron todas las puertas  
al airecillo de verano en la callejuela.

## LA FILLE MAL GARDÉE

Nadie ha pedido que me quede  
puedo incluso pasar la noche,  
una semana, el mes, la vida.

Pídelo,  
pasearemos como dos perros sin lesa  
por las ciudades húmedas de Europa  
frotaremos los muros  
arrancaremos cal de las paredes  
y tu micción cálida  
saciará la sed de los borrachos,  
cubrirá a las palomas que molestan  
las antiguas catedrales del estancamiento.

Con mi pestaña huérfana  
haré cruz en mi pecho,  
y cada noche procesión en tu cama.

Cuídame, como si fuese lana de rocíos.  
Tengo una hora sostenida  
bajo la oscuridad y la llovizna de nieve,

mi querer,

estoy en la esquina  
chapurriendo oraciones  
de fille mal gardée.



## LA AGUJA EN EL PAJAR

*para mi abuela Luisa*

De lo alto de los edificios de París  
cae la ceniza  
que sacude la mujer  
que vive en la buhardilla  
y se ocupa de bibliotecas,  
limpia antologías,  
deposita libros  
    uno a uno  
en el sentido del abecedario.

Su mano compone habitaciones,  
    los zapatos  
—el rojo con el talón  
delicado a un lado—

Tose la negrura,  
las infinitas capas de hollín  
que denuncian tráficos en el mercado  
cuando fuma a escondidas  
cigarrillos negros.

En las calles adoquinadas  
el interminable polvo que sacude  
cae, cae en la cuesta,  
cae en toda la barriada,  
en las casas que no le pertenecen,  
las casas sucias  
donde purifica el oro,

el vidrio de bacará,  
la botella que no puede abrir,  
no puede romper,  
no puede sacudir,  
para no alterar el vino  
de 1764

—nunca sabrá si es amargo  
o la uva desafió la inmortalidad.

Su pelo se agrisa  
sus ojos lagrimean  
en el pañuelo bordado  
por la abuela en América  
mientras cae,  
cae ceniza  
de lo alto de Montmartre,  
cae y se acumula en montículos  
junto a las castañas que hieren  
y otra vez amanece,  
sacude, sacude,  
respira.

# EL CENTINELA DE LA CONTRASEÑA

*A mi padre*

En mi casa, todo está ocupado por  
las cuerdas vocales de mi padre,  
tendidas como una cerca de púas.

Nunca he llegado a la ventana,  
nunca he podido escapar,  
mi cuerpo sangra  
cuando se desliza por el agujero de perros  
la rendija mal tapada.

Con vidrios, con fragmentos de vidrio  
se sostiene la columna de la entrada.  
Dos toques antes de medianoche  
y el radio se apagaba.  
Mi padre tras la puerta  
preguntaba si sabía la hora.

Nunca he tenido reloj,  
nunca he sabido cuándo acaba la fiesta  
no he aprendido las tablas  
y mi memoria se niega a responder  
un acertijo.

De todas formas me dejaba pasar.

A la cama llegaba el ruido  
de los cables eléctricos  
que mutilaban el jardín.

La tierra con la mancha de sangre,  
de orina, de ceniza.  
Carbonizado el zapato,  
escondía bajo las sabanas  
restos del talón junto a la muñeca  
que mi hermano trepanó  
a sabiendas que en dos o tres años  
no tendría otra  
con iguales ojos redondos de tonta.

En la ventana escuchaba  
la cama que delataba a mis padres  
cuando sofocaban gritos  
y yo sin saber si me habían echo  
o fui una dejadez del puño  
que rompió los espejos.  
Sin saber si vine al mundo  
por la grieta del armario  
o soy la página suelta  
de un libro prohibido.  
Si me encontraron  
a medio quemar en el puerto.

La lancha de mi padre se desliza  
en el negro San Juan  
mi mano arrastra flores de platanillo marino  
sonrío  
mi padre me mira y escucho música.

En la orilla, alguien canta,  
—no quieren que mencione a los ángeles,  
alguien espera que escuche  
el ronroneo del motor—

pero me espanta la herida de las aguas  
el golpe fatal del remo  
junto a los pajarillos ingrátidos  
del marabús.

El iris dorado de mi padre se derrama  
sobre mi cuerpo mineral y callo  
siempre he callado.

Temo que le dejen pasar,  
otra vez callo  
confío en que pronuncie mal la contraseña.

## OFICIO 13

Las flechas que no nombran  
surcan la noche  
no tocan  
no existen en el silbido  
de la muerte.

Como si nunca hubiese visto meteoritos,  
la embriaguez de medianoche  
me carga de ausencias.

En la estantería, potes de finísimo  
barro hinchado con las primeras lluvias,  
al sereno, mi oficio de sobreviviente.

En un espejo tuve cara,  
inventé una calle,  
crucé palpitaciones y este pecho  
ingenuo pronunció tu nombre.

La costura abierta como un enero,  
con más abolladuras que un lazareto  
en cuarentena.

Él, la antítesis humana,  
reniega las almendras  
perfectas en mis ojos,  
a dosis de prostíbulo  
acopla las piernas  
y bebe hasta perder el sentido.

El remolino me ahoga  
bajo un aguacero,  
siete veces mayor que el cielo,  
gotea suave donde tengo el puñal.

Si la rueda gira un cuarto  
salto de asombro.

La brevísima plantación  
que soportaba el destierro  
ha sido declarada insana,  
debo devolver con maestría  
la perla rara, la criatura maligna  
tenderme en los cables de alta tensión  
abandonarme a la naturaleza,  
el ejercicio fatal que me transforma  
en muerta,  
chupa hueso en sucesión de entuertos,  
inestable bomba sin válvula  
que se desliza en la encrucijada.

Para quedar bien con unos y con otros  
han formado un paripé horrible  
Se ha aparecido un pinto guaposo  
con la bagatela de un poema  
que suelta como si fuese  
un ave de cornamusa.

Pero ya la poesía no me salva,  
antes fue tierra donde  
expulsaba a ingratos.

La finca repleta de plastas de vacas,  
misteriosas como la luna rosada,  
es quizás el universo.

La poesía se ha metido  
en cubitos de hielo,  
cuando hablo de haber amado  
a un hombre  
más que a las palabras.

Silban las flechas  
que no me nombran,  
no sé a quién van destinadas  
pero revientan mis tímpanos.



## PESCADOR

Las olas, el viento de este viejo Continente  
me transforman en argonauta traslúcida.  
Con ocho tentáculos sobre el  
dimorfismo sexual masculino,  
incubo en mi concha  
la plegaria del animal  
que sofoca.

Escuchad en cada cuenco  
palabras inmensas,  
—era, época, laberinto, humanidad—

tan sabias como inexistentes  
en la pobre mesa del destierro.

Sobra el pan, abundante es el asado,  
el pez es fresco, aún aletea agallas  
y el anzuelo que atraviesa su boca,  
rutilante rojo le rasga  
mientras clava su mirada enigmática.

Como un tubo fosforescente  
al compás de un órgano de catedral  
se sacude, agoniza interminable.

Con familiaridad de hija de pescador  
miro en mí la bestia,  
quisiera acabar la agonía,

con el cuchillo desgarrar la falta de aire.  
No he tocado la escama y el pez salta,  
aletea en busca de marea  
cuando desato lágrimas.

No he de matar no he de comer  
ni ser carnada.  
En la pesquería humana no cegarme  
en el polvillo de la contienda, sobrevivir.

Estoy preparada, braceo océanos  
con diente el susto frente a  
la meada que da territorio,  
la defecación que argumenta títulos  
el dícese poeta que sabe escribir su nombre  
y aplasta con oficio puro.

Respiro todas las noches lejos de los míos,  
en trabajos de poca estima  
resguardo codicias, puñaladas,  
y huyo del hombre que lo ha tenido todo.

Pero me atrapan, cada libro me anciana,  
apenas me levanto y tengo fiebre,  
palabras infectadas que no curan  
los mejores antibióticos de Occidente.

No he sido honrada al poner la mesa,  
el mantel de corteza de cerezo  
cae como plomada en la pieza.  
No puedo comer cuando mi madre  
atraviesa el desierto por un ají.

Me enredo con el hilo de la pesca  
si lo atrapo volverá la lluvia,

la promesa de niebla,  
el fin de los marchitos días.  
Estoy sin fuerzas,  
el gusano no tendrá piedad al horadar  
mi corazón.

Como una pera seca,  
una fruta de latigazos  
encerrada en la tarraya tejida  
por mi padre, el pescador,  
en aquel patio de casa  
que he imaginado levantar  
canto a canto teja a teja  
sobre la montaña con vista al mar,  
el infinito mar donde  
jamás volveré,  
aún vieja.

Mordida de adentro por pesares  
resbalo en la gota que se pierde  
como si fuera casualidad astral,  
o barco en naufragio.

El respiro fatal, el líquido,  
el estruendoso mar que desespera  
el negro pulmón que se deshace  
en violetas pequeñísimas,  
me tiñe de azul.

La cabeza rapada,  
en forma de rosa  
que mancha la nieve,  
en pos de mis muertos.  
He aquí, la que nunca fue primavera,  
y asesina pescados en el destierro.

## LA DEL VELO

Yo voy con el velo a todas partes  
y regreso con el velo y una manta a casa.

En el índice, el dedal  
acoteja manzanos bajo un cielo  
desesperado de grises  
que desde el faro,  
sobre toda la Normandía,  
promete rasgarse.

En el bolsillo, un libro descarnado  
me adentra en el país que huyo.

Un libro que crece  
como una flor carnívora  
se alimenta de mi matriz  
y mancha de rojo coral a la paja.

Coral que en el puerto  
convierte el dique en isla  
a merced de mi velo,  
de mi encierro sin éxtasis.

Liviana como una tablilla  
de copos de trigo  
suspendida sobre la cabeza  
como un viejo manuscrito  
prometo derrumbarme en polvo  
de todo lo que falta.

## OFICIO BUZO

Como dos líneas que corren juntas  
en el fondo de mi pecho veo  
la batahola de navíos hundidos,  
amigos muertos sobre mástiles doblegados  
bajo manchas de sardina,  
la furia de la arenilla,  
el agua turbia que remolina  
las patas de rana con que nado  
suspendida a un barco  
—qué no es tierra, la tierra la perdí  
en el 1992 cuando zarpé bajo tontada  
a la fragancia de Francia—

Decían que la primavera en Europa  
te volvía inmoral por segundos.

Mi cara bajo el azote de las algas,  
cortada por el filamento de medusas  
filtra oxígeno de la impureza,  
se hunde en el fango de desperdicios.

El mar, en ese pantano profundo  
donde arranco el pasto,  
podría dejar de respirar  
podría traer reliquias  
la pieza que ha perdido figura  
la droga de la inmensidad.  
Podría cortar el tubo de oxígeno

azularme en el descenso,  
jamás remontar.  
Tengo experiencia en praderas acuáticas  
la cadera de mi madre  
procreando fina tela de seda  
para que aumentara todo lo  
que sería mi vanidad:  
ojo, pelo, dedos dispuestos,  
nariz, boca, sexo,  
espantosa raja  
con un hueco sobrecogido  
de hembra que nacerá al amanecer.

Podéis decirlo, no me ahogué,  
pero no soporto más.

Me he ido arrancando las postillas  
de suicida, debilité el hilo de los siglos  
como un pez de escama solar  
seco mi océano, asciendo  
a la luz del agujero fatal,

y ya ven, otro aniversario,  
otro texto, otro segundo de  
mal respirar,  
crujo como el papel de arroz,  
sin casa, sin tierra, sin barco.

Un punto inexacto en medio del mar,  
latitud cero  
junto a una plaga de desertores,  
expuestos en un museo de cigüeñas disecadas  
sobre ilegibles nidos de cemento,  
continente de mojones con dirección equivocada,  
en medio de la nada.

## OFICIO HIJA

Aconteció, escogí alejarme.

Decidí no recibir sueldo, medalla,  
prometí sacar lengua,  
entamar un poco de justicia.

Aconteció que fui ajena  
de quienes defendía,  
mi manera abierta de arrepentirme  
me colocaba frente al muro áspero,  
con filamentos prendidos a mi boca.  
Me gastaba, se me erizaba el pelo,  
se me ponía rígida la nuca.

Me hice feo baúl de historias ajenas.  
Alongué mi cuerpo, aún cuando no quería  
ser penetrada.

El jeroglífico en mi vagina,  
la inacabada letra de sombras  
susurrando el espanto de marchitar.

El cuerpo frente a ese muro  
crecía como el centeno silvestre,  
perforaba a los cercanos.

Nada me ha sido permitido,  
debía lavar mi sangre a fines de mes

apoyar la cabeza en el desastre de la  
luna, comer poco, comer alfileres,  
comer ruidos, comer frente al sastre  
que cortaba mi piel en fino lamé  
cortaba mi pelo  
el jardín de mi pubis,  
que luego trenzaba en amuletos.

Yo, de espalda, siempre de espalda  
como un pájaro de cola de arcoíris,  
como un ángel que mostraba  
la carencia de alas,  
me permitía ser la hija  
de los sirvientes,  
y barría aceras, tiraba agua  
en interminables ritos de paciencia.

Cero, cero, cero, golpeaba  
enferma sobre la balaustrada  
pero nadie veía los barrotes,  
desconocían el mal que me atormenta.

Mi sangre era su medicina  
si me enojaba caían tazas del andamio  
la pata de la cama se desprendía  
y se estacaba en mi pecho  
sin detener este corazón  
que os ha amado tanto.

Hablo de que parten,  
se me ha muerto el padre,  
se me consume el cielo  
si no acaricio a mi madre.  
Empiezo cartas, hago cálculos salvajes,



confecciono mapas  
otra vez dejo de comer, dejo de cortarme  
el pelo para acumular piezas  
para el viaje  
pero me he mal juzgado,  
he equivocado la fuerza de mi brazo,  
hasta en la más elementales matemáticas  
he fallado,  
la lasitud de la vejez se posa  
como una almendra dura en el paladar.  
La lengua apenas murmura  
se deja invadir por la colmena  
que aguijonea entre dientes la fatalidad.

## OFICIO CARPINTERO

Esta urraca se posa sobre un cementerio

—la ciudad fue arrasada en el 44—

bajo mi pie el tizne de la chimenea,  
el ladrillo persistente:  
un resto humano agujereado  
por la guerra que equivocó praderas,  
la furia del piloto inglés  
que bombardeó sobre aliados.

Desconocen si fue consciente  
desaparecer tarados en la contienda.

Desnuda me clavo en el muro,  
me cuelgo como si fuese un marco  
que huele a madera fresca.  
Me cuelgo como una campana de brumas,  
el péndulo entre piernas  
en desafío al salitre, la ventolera  
y otro invierno interminable.

En los ojos cae la exquisita blancura  
en forma de aserrín,  
mi alma perdida en algún retoño  
del jardín de mi madre.

Cenizas sobre la muchacha que fui.  
Ha agrisado la tarde,

estoy en el Este de todas las ciudades,  
la garganta lacerada.  
De mi pezón corre la miel,  
del pecho a las plantas corre miel  
como si fuese aguarrás de exilio  
ácido de ovarios  
maldición de martillo  
que rompe en el yunque.

## EL QUE SE QUEDA

*Nikto ne zabyti nichto ne zabyto, nadie es olvidado y nada es olvidado.*

La ira en cadena, como un  
maremoto canta y desafina  
la señal de marineros que  
no escapan a la ola.

Sin gritos que empañen el mar,  
la mano dibuja en el aire  
un instante y otro,  
en medio del paisaje que aterrera.

Luego vendrá la calma,  
la frase, el consuelo común  
la recuperación tribal  
del que no se echó al mar,

otra primavera,  
apretujada de espera.

## OFICIO DESPEDIDOR DE HORAS

He escrito poemas en un papelucho,  
he garabateado en el borde,  
más estrellas que todas las de la vía láctea  
y sigo  
como ciega  
en la noche  
en que murió mi padre.

He quedado ausente, como si me hubiesen  
otorgado visa para la niebla.

Me queda pan, aceite, olivas y vino barato.  
Puedo inventar una vida de huérfana,  
tengo tiempo, no llego y si llego  
no pueden reconocerme.

## OFICIO AGUADOR

El aguador está para repartir sorbos de fama,  
la sed es inmensa, la aridez aplana  
la callejuela donde tarda la primavera.

Viene de muy adentro la nieve que quema  
he leído a Maupassant, Rilke,  
Rimbaud , Céline,  
a cuanto buen francés, chino, japonés,  
inglés, español de letras  
supo antes que no alivian.

Me he sentado en sus camas  
he tocado sus puertas,  
me he inclinado en la ventana  
que da al Sena  
y he llorado por Hugo,  
quien escucha a su hija  
ahogarse frente  
a los granos de tulipa  
que viene de sembrar.

Me he apoderado de energías  
que deambulan en aposentos normandos,  
energías que destruyen la cuerda  
con que el jardinero traza  
un sendero de helechos bifurcado,  
a prueba de racionalidad.

Van a repartir versos,  
inspirados en inviernos  
que se repiten como trenes de carga,  
año tras año amaestran al Hombre.

Ahora mismo el puntero escribe nieve  
como si degollara un toro,  
con la destreza de un soldado  
que se da a la lírica.

La sangre en el recipiente  
huele a crimen mal pagado.  
Si se me escapa la gota que mancha  
la gota que salva de la sed,  
de la esencia de la muerte  
arrastro un coro de niños al  
oficio del domingo

pero me da por repetir salmos  
hasta que escampe.

Me consuela pensar que  
si llega a ultramar este texto  
podrán traducir la soledad,  
podrán traducirme,  
ya acepto  
que no hablamos la misma lengua.

La campana de la iglesia  
de Santa María de Le Havre  
llama a los sedientos  
han cortado flores en jardines orientales  
han adornado el altar con encajes antiguos  
la mano se desliza del bolsillo

a la jarra anunciadora de líquenes  
putrefactos y todo en medio de escalones  
que ascienden a una línea divisoria del vitral.

El vagabundo a la puerta del templo,  
el sin techo en la palizada de Europa  
duerme en el canto donde reparten,  
como si fuese porción bestial,  
la nota del ángel,  
como si pudiesen abaratar la hambruna  
y convocar tras el meadero público  
una súbita caída de vino a tropel.

No hay mérito en vivir en esta cuadra del mundo  
no hay mérito ni imaginación cuando cuento  
lo que regala mi calle pues  
el sordo organillero de la iglesia  
machaca con sus pies el instrumento  
y en cada pestañeo el mendigo alza la nota.

Estoy en la fila, siempre he estado en colas  
que avanzan como culebrillas por comida,  
por ropa, por papeles,  
por los poetas muertos  
sin inventar el himno que me salve  
de esta visión apocalíptica.



## OFICIO PACIENCIA

Cuento los fósforos,  
he de entretenerme hasta que pase  
la nevada,

con los que han perdido cabeza  
levanto palizadas  
contra la tormenta.

Escucha, no son los elementos  
que golpean la ventana  
es esta furia que desata en mí  
    la huida de mi isla,  
es esta furia la que me apaga

Estoy contando fósforos  
voy por tres cajas  
dos con cabezas rojas,  
una de muertos,  
y no me equivoco.

# OFICIO MADRE

*para Laura*

Hija,  
merecíamos el mar,  
y los álamos de la Universidad,  
hasta casa.

Merecías una familia  
que fastidiara tu talento,  
te pusiera al borde de nervios  
y mostrara el suave encaje  
con que he bordado  
ese cuerpo que retiene dolores  
esa rara inteligencia  
que avista la poca capacidad que poseo  
al abrir maletas.

Te tomo la mano,  
y llevo a mi boca  
porque eres sagrada  
y de una hermosura que  
ilumina mi incoherencia.

Tú no quieres pactar  
con mi desdicha,  
hija,  
y yo no deseo que te roce.

El mal está en que nunca  
me he adaptado a ser una.

Cuando nos hicimos adultas,  
cuando me hice vieja  
aún dentro de mí vivía la niña  
que quería construirte un palacio  
con tierra de montaña.

Cuando destrozaba la acera  
sin sombra, sin consuelo,  
tú me ayudaste a espantar  
riachuelos de lágrimas  
En tu mirada siempre he sido  
y tengo todo lo que poseo y me retiene  
en el mundo.

Sé que soy mucha carga,  
por eso siempre tengo  
que barrer,  
un plato sucio  
ropa por secar,

para que no veas el desconsuelo  
de no poder darte nada,

para que no veas el manantial  
que me inunda  
cuando estás cerca  
y los planetas se inclinan.

## ME HAN REGALADO UN VASO

La rendija descalifica al vaso  
que el alfarero esconde,  
bajo tinta veneciana.

Me ha regalado un vaso de restos,  
la quebradura encierra el eco  
del taller donde aletean  
vírgenes de fango.

La taza, el plato,  
todo es obra de esa mano  
que se empeña  
en tocar mujer a medida.

Ha dejado a un lado el boceto,  
trabaja el flujo divino,  
la inmensidad de desvelo.

A tamaño humano crea  
rudas nalgas y piernas tan largas  
que le impiden entrar en horno.  
La arcilla yace recostada  
bajo un lienzo marcado por cera,  
donde deposita ojos de carboncillo.

Por mucho que el alfarero  
humedezca su rostro,  
la amada se deshace en los pezones

el cuerpo de barro se dispersa  
dejando un polvillo pálido  
que araña los ojos.

Ha mezclado pigmentos con paja  
para trenzar la cabellera.  
Escamas nacaradas, picos  
de aves, alas de saltamontes,  
dormideras y cera de panales  
en el vientre que termina  
en un triángulo  
de tiernos musgos.

Ha fragmentado todo lo que ama  
para amasar a esta mujer única,  
que se resiste.

Casi centenario, el alfarero pregunta  
la fórmula con que Dios laboraba  
sustancias inexistentes.

Mucho ha llorado sobre el búcaro  
que me regala,  
vaso que no me sirve para flores  
casi nada sirve para cadáveres  
y aún insiste, la frágil mano  
tienta el delicado testero  
y se escurre en la raja.

## EL CENTENO QUE CORTA EL AIRE

Heme ciega en la siega del cerro  
cuando pinto al centeno que corta el aire.

Heme en la siega ciega de  
la lluvia de cascarilla  
que recorre el poro  
blanquea la azarosa chaqueta  
donde escondo tabaco negro,  
hojas finas, papeluchos con versos  
y el encendedor presto.

La culpa me doblega,  
me enferma cortar  
este campo que observa  
desde el auto  
el turista del verano.

Con cada golpe de azada  
cae un pensamiento de Van Gogh.

En mi espalda dos mujeres  
se afanan en juntar montañas  
hasta que llega el tractor y oprime  
con insoportable quejido  
la horajasca.

No hay paisaje, no queda ningún centeno,  
la extensa planicie muerta

sobre la bota que salta  
sobre la guarida de conejos  
y liebres.

La noche se acerca,  
huele a la santísima  
mezcla del alma de las plantas  
con la inmensidad de océano.

Al amanecer iremos a abalear  
en las cuencas.

La tormenta se acerca  
pero ya nada queda en pie,  
nada a desbaratar,  
es solo una mala noche  
hasta que lleve la harina al hostel y  
el pan embriague la boca de los Hombres.

## BAJO EL CIELO DE AUVERS-SUR-OISE

*Ahora debo aprender a vagar con mi propio cadáver.*  
Adolf Loos.

El verano ha muerto sobre Ravoux,  
con una taza de café y una manta  
espero que monte el alba.

No podré seguir ruta a Trípoli  
las bombas sacuden y el cielo  
solo sirve para fotos  
con las que ganan premios  
corresponsales de guerra.

Nada iguala la sangre  
que convierte el trigo  
en textura de museo.  
Son tantos pigmentos rojos  
alterados, sobre cráteres dispersos  
semejantes a la luna.  
Entre la cabeza y el tallo pie,  
lo que fue un vago  
suvenir de hombre sin oreja.

El perro de la pensión rellena  
con excrementos que abultan como  
semillas de enredadera.  
Una a una mea las plantas,  
deja rastro en las arcillas  
donde viven los olivos,  
mientras me mira



como si fuese cómplice.  
El mal bifurca mi destinación,  
ninguna ciudad es segura.  
El mal acecha, en toda ciudad  
el extremo desgasta la roca,  
y entreteje el mármol  
como si fuese mantilla  
que envuelve las cabezas.

No quedan domingos de sol  
si un hombre mareado  
arrastra el pie,  
y con la lengua enroscada  
se reclina para rondar en sombras.

La mesera sacude las migajas  
en la mesa cercana.  
El mantel flota  
como una bandera blanca  
que me incita a abandonar  
la cruzada, el Oriente ya no existe  
lo exótico esconde peligros.

Desde hace tiempo he perdido  
el gusto por lo innecesario,  
mi suerte está en la flecha  
que mata por casualidad al ciervo.

Regresaré al norte,  
—repetiré hasta el cansancio—  
tengo que barrer,  
siempre tengo un plato sucio  
alguna ropa por secar  
para no llegar a incendio.

## LOS HOMBRES DE VERDAD OLEMOS A CENIZA \*

Con la sabiduría de quien ha perdido  
sacudo la paja húmeda  
de sudores de verano.

Diré poco, el asunto es divino  
e impronunciabile:  
hemos hablado de muerte,  
y terminamos en sexo  
de muerte terminamos  
cuando hablamos de sexo  
con una maldita piedra  
no autorizada en  
mi garganta.

Otro día caótico,  
coloco azúcar en su labio  
comparto la rebanada de pan  
con cierto queso  
que apesta a pies  
atado a la cama.

No puedo imaginar diciembre  
y estamos en verano,  
cada instante es noticia a deshoras,  
para la paletada de óleo.

\* William Ríos

Me observas,  
mientras fumo la realidad  
espantas volutas a la lluvia  
y dejas caer el centeno.

## INSISTO, ESTE VERANO DEL 2012

Insisto: quiero un verde que  
no venga del pincel.

Estoy de vejez mutilada  
como un árbol plantado frente al viento,  
como si fuese la última hoja  
o un saco de heno  
que va a la cama  
y ve por la ranura de la ventana  
el tejado vecino,  
jamás el cielo.

Me espanto,  
la lengua bebe todo  
el salitre del puerto  
tras hablar con mi madre  
lejana como la isla  
que apenas recuerdo.

Ésta es mi contienda,  
el amanecer se aleja  
si no te nombro.  
Es inevitable,  
preparo la mesa y  
escucho la gota de agua  
que cae en un lugar impreciso  
del edificio.

Entre la sopera y el vaso  
está el puente de hierro  
sobre el San Juan somnoliento  
y el viento del valle que  
borra quienes fuimos.

Un ángel cabecea en las nubes,  
pero es sólo un papalote  
con las cuchillas abiertas.

No es domingo de misa,  
ni siquiera la iglesia sonó campanas  
el pueblo está desierto  
cada verano quedan  
el estudiante huérfano  
la puta en espera de turistas ingleses  
los árabes del café  
el estiércol de los perros  
y esta poeta que arrastra el pie.

Domingo de ramitos,  
insisto, prendidos en el pecho.

## HOMBRES QUE LLORAN EN BARES JUNTO AL SENA

En cualquier bar converso  
con desconocidos que sienten el sudor,  
el Camembert, el vino,  
el tabaco que impregna overoles  
azules como pájaros retenidos  
por el mal tiempo y la maldición  
de esta ciudad.

En este lugar raro del norte de Europa  
me borro como si portase  
el destino en un dedal.

Quiero que mi recuerdo haga llorar,  
cuando lamenten el largo puente  
que se adentra de las rocas al mar  
turbulento de la Mancha.

Nunca fui exótica,  
soy la incomprensión,  
la extranjera que no se quería  
atar  
al bajo salario, los impuestos,  
el bocata apurado  
del que caen restos  
sobre la mesa.

Los hombres de esta región  
ejercen el cuerpo

en sábanas prestadas  
por mujeres del pueblo,  
escandalosas, aborrecibles  
viudas de batallas no libradas  
entretejen paños de nubes  
lengüetean sexos rapados  
que hieren como erizos.

El vientre preñado de salitre,  
los senos redondos de excesiva  
basura llamada fe,  
como animales obesos  
rebotantes de salud,  
habituadas a masturbarse  
con el cabo de un hacha  
para tener orgasmos vikingos.

Los hombres han perdido,  
una y otra vez caen  
en confesión conmigo,  
la mujer de lejos que no les ama,  
que no está apurada,  
que no sonrío en la penumbra del bar  
a sus oscuras intenciones.

*“...me convertí en un loco con largos intervalos de horrible cordura”*

Poe



**II**

## LA TRANQUILA VAGA

Yo, la pereza,  
atada a medias de lana,  
con el ojo en desvelo aguardo  
que las neuronas me permitan  
abrir la ventana,  
pero poner un pie me da vértigos,  
de sudores habitada,  
tiemblo en un mar de helechos.

La Manche me ha agotado  
con su ulular persistente.  
En esta plaza olisqueo  
seres que recrean con aspavientos  
la que no soy.

Me desconsuela el espanto  
que trasciende de sus rostros,  
pero a—penas hago esfuerzos  
al peinarme.  
Como si cargase  
mil hombres y mujeres  
desprotegidos, frotó las manos,  
y me adentro en el insolente  
desatino que nos une.

Soy la vaga que cava  
una gruta hasta el panadero  
que cada amanecer escupe en la harina.

Le observo, a las cinco del amanecer  
se toca la entrepierna,  
de su delantal asciende la niebla.

La racleta de la mantequilla  
afina como un arpa  
sobre el patio de lo que fue mi casa.  
Casa que levanté bajo nevadas:  
mesa rústica, techo agujereado  
y mis padres extendidos  
sobre una colcha de ovejas.

Yo, la parásita,  
me alimento de letras,  
en correos de un amarillo triste  
como todo lo que llega de esa isla de veranos.

Yo, la pereza, desgarró papelillos  
de biblia, rasgo poemarios  
para fumar un cigarro  
con ángeles y demonios,  
sin poder ayudar a unos y a otros  
en este oficio, este experimentar  
pobreza tras pobreza,  
enfermedad tras enfermedad  
fe, agnosticismo y fe  
porque algo hay que cultivar en el acuario  
para algo me fue dada esta mano abismada,  
este cuerpo que remienda oficio e  
hilvana cierta luz en el esqueleto  
que apenas sostiene mi sombra en la ventana,  
frente a otro dedal,  
otra aguja que se instala  
en otra gota de sangre.

## ¿CÓMO EXPLICAR QUE EL DESASTRE ARRIBA POR EL BOSQUECILLO?

La nieve se acumula en el alero  
donde la paloma resguarda la cabeza.  
Absorta en la blancura,  
respira la lámpara  
donde me inclino  
tarde en la madrugada  
con todo aquello que apremia y no haré

—de todas formas el tiempo es una estafa—

Reino en la cena copiosa,  
en el cuerpo por el que clamo cielos.  
El resto son migajas de pan, buchets de agua,  
y batallas poco memorables.

Propulsada por antagonismos geográficos  
siempre habrá un antes y el después.

Me gustaría acercar la paloma  
a este calor artificial de casa,  
pero mis brazos caen como piedras.  
Si me acerco vuela y en las aletadas  
pierde segundos de vida.

He podido imaginar esta ventana  
como he podido imaginar  
que dentro me protejo

pero sé que mis pies arrastran  
una isla.

Coloco granos, coloco trapos  
a falta de paja extendiendo manto  
y la paloma moribunda arriba  
a desafiar al gato.

La paloma se pierde en el interior,  
revolotea sobre la fantasmagórica sombra  
en el techo del cuarto  
y desaparece la casa que existe en mi sueño.

## PINTOR

Les obligaré a oler químicas,  
a sentir el azufre  
las manos manchadas,  
la ropa en jirones frente  
a telas roturadas que tocan  
mundos inexistentes.

Conocerán el instante de luz,  
el segundo donde Dios deja  
la plaza vacante.

## OFICIO PASTERNAK

El régimen persiguió a Boris  
hasta su muerte.  
Treinta años sin llamar la atención,  
sin alaridos  
y yo  
me he convertido en transparente.

Cuidado, un pasante me ha visto  
e inclina la cabeza, avergonzado.  
Durante un segundo temí  
escuchar los buenos días.

Ahora dobla la esquina,  
la bruma abraza su espalda y  
arrastra el pie en círculos de nieve.

En horas como ésta  
me asiste poca fe en las plegarias,  
corto pan negro,  
pepinillo encurtido en agua azucarada  
y me muerdo el labio hasta que duela.

Me echarán de este infierno  
mientras pulo palabras, rodilla doblada  
frente a quienes abandoné  
y prosiguen en vida.

–Si los menciono me materializo–  
cuidado, en este hospicio  
aspiran a la normalidad,  
y aún no he limpiado la cal de la pared  
que ahoga mis uñas.



## ENTERRADOR

El difunto rompe  
como si fuese aire  
el frágil muro de luz  
y se pasea en caqui  
bajo eucaliptus  
de un verde memorable.

¿Qué zumbido de abeja recorre  
el cementerio de florecillas  
que caen al suelo  
cual lluvia de alaridos?

Los poetas hablan  
de matar al cercano,  
de ocupar la plaza del muerto.  
Se santifican y premian a la pala  
que les hará eternos,  
pero dejan cadáveres, al sol  
osamentas que germinan inocencia,  
más allá de lo esperado,  
los escritores del ático  
revolotean en la lámpara  
como moscas de verano.

He perdido la ira,  
tengo tantos sudarios  
que apenas puedo mover los pies.  
El enterrador me saluda

y la línea de su mano acaba en  
el centro de la palma  
que no volveré a ver.

## MUERTO

Susurré que huías  
a ciertos papiros que crujían  
bajo el golpe de tu cadera.

Todo en ti me ha desquiciado  
tu olor a Jacinto fluye  
hasta el iris que deposito  
en el vientre flácido.

¿Qué me lacera y pone piedrecillas en los ojos?  
¿Qué me impide dormir?

El crucigrama de letras,  
la acumulación de frases  
ensucia como un odio banal  
demasiado amoroso.

Tus ojos no conocen el centeno,  
la nieve, el Mar de la Mancha  
atado al viento de la tormenta.  
Esta bravura de pelear por los míos,  
pelear por el plato, por familia y casa,  
ha muerto.

Inaccesible reliquia  
que mal disimulo en versos,  
y fluye en las corrientes marinas  
que no nombro  
cuando el pez sucumbe  
en la hambruna del anzuelo

procreando burbujas que ascienden,  
magníficas espirales que emigran  
como tú, yo, los conocidos.

He poblado un océano  
con un sortilegio de isla,  
los jovenzuelos que fuimos  
en el vacío submarino.

Hemos perecido en el exilio,  
bajo el polen infecundo que se desliza  
en el poro abierto, la cicatriz  
que asemeja la cresta del planeta.

Las estaciones del mundo  
muestran seres extenuados  
del viaje que regresa  
al nudo de la catástrofe,  
donde queda el anciano  
en redondeles de dedos,  
y me dejas,  
al pie del abismo.

En el fondo eres un muerto masticado  
rigurosamente cubierto de seda,  
entre las algas y la tristeza que crepita  
en un horizonte ficticio,  
donde no se espera gracia.

Pregunto, si debo abandonar bandera  
si es tarde para capitular  
si debo alinearme  
como una nube rosada del anochecer.  
Si es necesario llegar completamente muerta al final.

## ODA DE LA MUJER QUITADA

Te voy a rebajar hasta que en tu cabeza resuene el dolor de haberme conocido y te desintegres en una nube proactiva que me alabe cuanto te humille. Te llevaré a mi cama con ritos, seduciré tu piel, beberé tu frente pero solo obtendrás instantes donde me procure placer. Creerás que estoy loca por llenarte el sexo en la madrugada, pero apenas amanezca, me iré con lo que encuentre a mano.

## PECADOR

El pecador es un lumpen lunático  
parapetado en la esquina.

Con cara de puerta entreabierta  
comenta el trágico amanecer de  
las mujeres que abandona  
en un parque de sonámbulos,  
muchachas que han dejado  
olores que excitan más  
que el gramo de coca.

Mujeres que sudan vinos  
de las mejores viñas francesas  
donde el simple cortador dice Bonjour,  
constipado por el smoking  
imaginario de la realeza.

El pecador pesca  
en cualquier orilla  
deposita seborucos  
masticados por la encía,  
encía que ablanda hasta la  
inocencia.

Oficia como un funicular  
que deja a la muchedumbre  
en la cima  
mientras desaparece el cable

donde resbalan las palabras.  
La cabina asciende,  
sin detenerse asciende.  
Dice el pecador que las mujeres  
redoblan como caballos con hipo,  
son yeguas que cabecean odios,  
y silencian su bondad.

El pecador se ha comido el sexo  
en delirio de autofagia,  
los restos flotaban  
en un charco de grasa  
cercano a la playa.

Ese lumpen lunático  
parapetado en la esquina de su casa.  
comenta el trágico deceso  
de su órgano.  
Contrariado,  
nadie testimonia a su favor,  
nadie autentifica que es el portador  
de la escalofriante daga.

## CANCERBERO

Me envían el ascensor si firmo la lista.  
Si firmo el manuscrito  
podré bajar a la calle,  
tomarme un café aguado  
como una poeta desconocida  
o la agente del servicio secreto  
que alimenta al león del circo.  
Fiera que come niños secuestrados  
de aquella isla sin nombre  
hundida bajo la lancha  
que atraviesa aguas negras,  
pestilentes aguas  
petróleo agua de tantas  
cazuelas traicionadas  
por productos innobles y  
venenosas alquimias  
de la élite.

Dicen que si firmo recibiré  
una medalla.  
Del extenso discurso,  
oscuro como un cactus mexicano,  
caen púas de un verde mortífero,  
de mi ojo al zapato.

Se me oprimen los pezones,  
no sé orientarme en el sermón,  
ando en neutralidad aparente



pero bizqueo con miedo a hablar en sueños,  
de hecho desvelo,  
—y eso que he pasado la frontera—

Sonrío húmedo, sonrío envenenada  
cuando me atrapa el frío europeo en el subsuelo

—ese espacio llamado exilio—

donde salta el cancerbero a darme una lección.

## ABANDERADO

El tuerto hila líneas que encontró  
en casa de la puta que ofrecía  
servicio telefónico por cinco céntimos

—solo comunicación nacional—

El horror cayó en forma de estrella  
sobre un charco de sangre.  
Un tajo enorme sobre el trapo  
que besa la multitud  
cuando saliva.

En busca del santo se arrodillan  
en la Calzada sacan cuenta del agua  
con azúcar que da energía  
hasta el santuario.

La del censo afirma que fueron  
entre siete y nueve millones  
los humillados en aquel campo  
donde se pierden los inocentes.

Nadie puede decir la cifra exacta.

El desesperado de la bandera,  
puede que sea rumano  
que no tenga papeles  
o sea un simple habitante de un solar

que se deshace bajo la niebla.  
Ningún discurso mata el hambre  
que ronda los zapatos  
de un chocante uso.

El tuerto, con su bandera hinca,  
detrás del estandarte desaparece la Cabaña,  
si se afana en el viento  
ni el mar cuenta.  
Mar rojo de dentaduras  
vigiladas por cotorras de tierra  
y monstruos de ciudad.

El vientre del abanderado  
no es de cerveza,  
es puro boniato fermentado  
al jurar que patria y trapo  
cabían en la pecera.

## PRESTADOR

He de remansar el último suspiro,  
escapar del laberinto de la aceptación.

Responderé como en un convento,  
a gentuza en ebullición,  
mientras barnizo con nombre de pila,  
al que escupe en medio de los puercos.

Algo sobra al pedir entrada donde se nació.  
Algo sobra al prestador  
y no es letra de pago, menos sustento,  
huele a pescado faldero  
perfumado por glúteos entreabiertos.

Resisto en muda,  
en la garita del acantilado  
benedicida como una escriba  
que afila la punta de los lápices.

Pero si pienso en mis padres  
ovulo explosivos chinos.

El prestador se acerca al agujero,  
quiere asociar su apellido a mi alarido  
narrar en primera fina mi vientre abierto  
donde barbotea una isla  
que he perdido.

Deambulo con calderilla  
que resuena en el bolsillo.  
Frente al panadero que ha mojado  
la harina, remiendo  
pero no me sale el fingido,  
fulgurante cardiograma da fe  
de mi presencia

Me estoy acostumbrando a mirar  
el desembarco de bandidos en el poniente.

En el código levantan velas  
van a liberar plaza de otros prestadores  
pero estoy sospechosamente atada  
en medio de mi cráneo  
a otra razón difusa.

## DELATOR

La tira de seda en la blancura del ojo,  
el iris como una peonía rasgada  
sobre la creencia.

El puñal, aquel puñal de puño en madera  
donde tallamos iniciales, pulido el interior,  
con letras de labriego en celo  
el puñal que surcaba mi espanto de matar  
mi secreto de rea  
ha aparecido sobre el mantel  
de la vieja que lleva cuentas  
en casa del inquisidor.

Este silencio de amanecer presagia atropello.  
El agua caerá en el pasillo  
—si existiera corredor  
también existiría laberinto—

pero es solo pasillo sin escapatoria  
en un apartamento gogolizado para dejar  
seña en el universo.

Ese, mi puñal con el que raspo  
el muro de cuarzo donde escribo a mano:  
«sálvame, sálvense»  
entre escándalos de pensamientos  
que corren como blues de N. Orleans,  
en sordina descompuestos

mezclados a otros ritmos,  
a otros pensamientos.

Me han expuesto como el mal ejemplo  
y la uña partida cae, desgarrar la tierra,  
es imperceptible el hueco en forma  
de madriguera que esconde al conejo  
y a los ratones de invierno.

Por necesidad,  
por hambre  
por miedo  
la anciana ha entregado mi cuchillo.

Después ha regresado  
con el pelo electrizado,  
y desde entonces no duermo,  
estoy como ella,  
en espera del golpe.

## ARRODILLADO

El arrodillado, con la mano  
en posición horizontal,  
pide pan, aceite de oliva  
como si no terminara de tragar  
la letra que da el vecindario.

Entre portales canta lagrimones  
de ausente en vicio, en pecado de ira,  
arropado con isla en piel de cerdo  
ha vendido a precio  
fuerte las orejas.

Dice que su lengua prepara odas  
a quien quiera querer su mano

—QQQ—

tintinean las monedas y la cacofonía.

Sentado provoca envidia  
pues es un profesional que chasquea  
con la punta de los dedos  
en el mismísimo ojo.

El chasquido corroe la columna,  
petrifica la luz del atardecer  
que se desliza  
del brazo a la infinita acera.



Donde no has de pasar,  
aunque digan sí , sí , sí

—S S S—

si eres aceptado  
es porque mutilaste el resto:  
el pecho, la tripa,  
el órgano ingrato que te nombra,  
condena o puebla  
la plaza que cedés  
sin tocar madera  
en el

13 13 13

## AMANTE VIRTUAL

Qué detalle tumba la conexión  
mientras leo el limbo  
en un correo post moderno  
lleno de florilegios cibernéticos.

¿Dónde irá a parar la puntada  
del sastre que gotea  
sangre herética en el ojal?

No tengo un pedazo de papel  
que diga amar, olvido,  
que huela, ¿dónde interpretar  
si tu mano temblaba,  
si ibas de prisa?

Tras doce puntos,  
Times New Roman  
sonríe un emoticón  
y me da por espantar  
las moscas moribundas  
de tres semanas de verano,  
un largo verano  
de un infinito día de lluvia.

Me ato la tripa a cualquier piedra,  
la tierra padece herrumbre  
cuando la frugal secta de Facebook  
se anima a repetir  
la exquisita tontería

que me aprieta el dedo,  
–hasta grito–  
pues pierdo el último contacto  
honesto con quien soy.  
La conexión está lenta,  
los algoritmos repudian la fibrilla  
que inspecciona mi ascensión  
a la chimenea negra como el carbón

–cuántica y fabulada chimenea,  
en realidad estoy tocando  
la madera de una ventana sin hormigas.

Voy de idiota a conversar  
con un cazador de conejos  
a quien regalo el dejo, el dejo verde.

Me reconozco, bajo el cobertizo  
de flechas me destrozadas, me destrozan.

¿Qué me hubieses dicho frente a frente?  
¿Qué hubiese podido hacer contigo?  
¿Cómo te hubiese ubicado  
entre mis piernas?

En este mapa saltan  
alegres imprecisiones.  
Ambigüedades que no recordaré  
pues fluye rapidísimo el río en la red.

Me he puesto tristonía  
debe ser una invasión de versos dislocados  
que cuelgo sin escapatoria  
en el vacío.

## AMIGO DE LA HABANA

Sé que eres más listo que tu ira  
en el fondo de los fondos  
de las góndolas mojadas  
sabes que cuando me pierdo  
ando en alguna brazada mal tirada.

Sé que en el fondo de los fondillos de La Habana  
cuando se me caen los otros  
tú me salvas  
con rabia, eso sí, mucha rabia  
de no tenerme cerca y restregarme en la cara  
que sí hubo y fue  
pero ya no chiflas para mí,  
cabrón, y te recuerdo,  
dale,  
sácame el amanecer,  
anda.

## CURO PALABRAS EN EL MAR

Tú y yo estamos atados  
a la locura o el suicidio.  
La noche que nos protegía  
es solo un canto que rueda  
del barranco al mar.

Fallas del acantilado desprendido  
al menor airecillo la piedra gravitando,  
pegada a la raíz de una florecilla,  
arrastra la última tierra  
que sostenía al planeta.

Cuando llegas no tengo pies,  
desaparece el cuerpo  
como si siempre hubiese sido  
la partícula errada  
la arandela que falta al universo.

Cuando llegas  
saco el sable que corta el hueso.  
El sable del seppuku de Mishima  
me ocupa bastante tiempo  
el que quiera herida  
el que quiera matar  
nunca llega a destiempo.

Decía mi abuela que el  
mundo importa menos

que el caballo que corre en la sangre.  
Me lo dijo antes,  
cuando yo escribía poemas de amor  
y no sabía la desgracia que es tenerte lejos.

## ASESINA

Piensan que me frena el temblorcillo,  
la bondad, la instrucción,  
la tontería de herir,  
pero es el vaho  
tanta mierda en la contienda  
lo que desalienta.

He abandonado el pie,  
me impedía balancear  
en el jardín de casa.  
He asesinado el tobillo,  
maté el dedo,  
la oreja, el diente adolorido,  
destrocé la célula madre,  
y aún el circuito marcha,  
cojea, se afloja, centellea,  
pero resiste.

Necesito más dolencias  
muchísima más rabia.  
Aunque atrape coleópteros,  
ninguno posee la luz de la luciérnaga,  
y en la ciudad no encuentro  
el camino de la sangre.

Como de un precipicio celeste  
saltan mis hostigadores,  
—si abro la boca caen cientos—

Aprietan las riendas  
cuando estoy tendida en el fango.  
Entre hojas secas y sueltas  
soy la ahorcadita semejante al papiro  
que arrastra el zapato.



## ÍNDICE

Sedado	7
Herrero	9
Sonidista del alba	12
La fille malgardée	16
La aguja en el pajar	17
El centinela de la contraseña	19
Oficio 13	22
Pescador	25
La del velo	28
Oficio buzo	29
Oficio hija	31
Oficio carpintero	34
El que se queda	36
Oficio despedidor de horas	37
Oficio aguador	38
Oficio paciencia	41
Oficio madre	42
Me han regalado un vaso	44
El centeno que corta el aire	46
Bajo el cielo de Auvers–Sur–Oise	48
Los hombres de verdad olemos a ceniza	50
Insisto, este verano de 2012	52
Hombres que lloran en bares junto al Sena	54
La tranquilidad vaga	58
¿Cómo explicar que el desastre arriba por el bosquecillo?	60
Pintor	62
Oficio Pasternak	63
Enterrador	65
Muerto	67

Oda de la mujer quitada	69
Pecador	70
Cancerbero	72
Abanderado	74
Prestador	76
Delator	78
Arrodillado	80
Amante virtual	82
Amigo de La Habana	84
Curo palabras en el mar	85
Asesina	87

Este libro se terminó  
el 28 de octubre de 2013.

## editorial **BETANIA**

Apartado de Correos 50.767 Madrid 28080 España.  
E-Mail: ebetania@terra.com y editorialbetania@gmail.com  
<http://ebetania.wordpress.com>

### RESUMEN DEL CATÁLOGO (1987-2013)

#### **Colección Betania de Poesía:**

*La novia de Lázaro*, de Dulce María Loynaz.  
*Voluntad de Vivir Manifestándose y Leprosorio (Trilogía Poética)*, de Reinaldo Arenas.  
*Piranese*, de Pierre Seghers. Traducción de Ana Rosa Núñez.  
*13 Poemas*, de José Mario.  
*Venías*, de Roberto Valero.  
*Un caduco calendario, La luz bajo sospecha y Érase una vez una anciana*, de Pancho Vives.  
*Confesiones eróticas y otros hechizos*, de Daina Chaviano.  
*Oscuridad Divina, Polvo de Ángel y Autorretrato en ojo ajeno*, de Carlota Caulfield.  
*Hermana, Hemos llegado a Ilión, Hermana/Sister, Dos mujeres, Volver y Hemos llegado a Ilión (2ª edición)*, de Magali Alabau.  
*Altazor acompañando a Vicente, Merla y Quemando Luces*, de Maya Islas.  
*Delirio del Desarraigo (2ª ed.) y Psicalgia/Psychalgie*, de Juan José Cantón y Cantón.  
*Noser y Sin una canción desesperada*, de Mario G. Beruvides.  
*Los Hilos del Tapiz y La Resaca del Absurdo*, de David Lago González.  
*Blanca Aldaba Preludia*, de Lourdes Gil.  
*Tropel de espejos*, de Iraida Iturralde.  
*Puntos de apoyo*, de Pablo Medina.  
*Hasta agotar el éxtasis*, de María Victoria Reyzábal.  
*Señales para hallar ese extraño animal en el que habito*, de Osvaldo R. Sabino.  
*Leyenda de una noche del Caribe, Vigil / Sor Juana Inés / Martí, Bajel último y otras obras y Calles de la tarde*, de Antonio Giraudir.  
*Cuaderno de Antinoo*, de Alberto Lauro.  
*Poesía desde el paraíso, Cosas sagradas y Resaca de nadas y silencios*, de Orlando Fondevila.  
*Memoria de mí*, de Orlando Rosardi.  
*Equivocaciones*, de Gustavo Pérez Firmat.  
*Fiesta socrática, Versos como amigos y Los silencios del rapsoda*, de Florence L. Yudin.  
*Hambre de pez*, de Luis Marcelino Gómez.  
*Juan de la Cruz más cerca, Batiburrillo y Canciones y Ocurrencias y más canciones*, de José Puga Martínez.  
*Cuerpo divinamente humano y Vidas de Gulliver*, de León de la Hoz.  
*Hombre familiar o Monólogo de las Confesiones y Bajó lámparas festivas*, de Ismael Sambra Haber.  
*Mitologías*, de María Elena Blanco.

*Entero lugar e Íntimo color*, de Laura Ymayo Tartakoff.  
*La Ciudad Muerta de Korad*, de Oscar Hurtado.  
*No hay fronteras ni estoy lejos;... Se ríe de esquina peligrosa, ¿Qué porcentaje de erotismo tiene tu saliva?, Una cruz de ceniza en el aliento, Que un gallo me cante para morir en colores;... Y se te morirán las manos vírgenes de mí, No sé si soy de agua o de tu ausencia, La cadena perpetua de nunca olvidarte y Le puse alas al mar para que viniera a verme*, de Roberto Cazorla.  
*Oasis*, de José Ángel Buesa.  
*Versos sencillos*, de José Martí.  
*Voces que dictan*, de Eugenio A. Angulo.  
*Tantra Tanka*, de Aristides Falcón Paradí.  
*La casa amanecida y El invitado*, de José López Sánchez-Varos.  
*Sombras imaginarias, Vigilia del aliento y Sigo zurciendo las medias de mi hijo*, de Arminda Valdés-Ginebra.  
*De Dos que el amor conocen*, de Pedro Flores y Lidia Machado.  
*Rosas sobre el cemento*, de Carlos Pérez Casas.  
*Catavientos*, de Lola Martínez.  
*País de agua*, de Carlos E. Cenzano.  
*Desde los límites del Paraíso y Alicia en el Catálogo de Ikea-La noche de Europa*, de José Manuel Sevilla.  
*En las regiones del dios Pan*, de Carlos Miguel González Garrido.  
*La flauta del embaucador*, de Eduarda Lillo Moro.  
*Madona*, de Jaume Mesquida.  
*Poemas a ese otro amor, Desencuentros, Símpatos, Sentimientos y Huellas*, de Víctor Monserrat.  
*Los vencidos*, de Joaquín Ortega Parra.  
*El viaje de los elegidos*, de Joaquín Gálvez.  
*Una suma de frágiles combates*, de Lucía Ballester.  
*Lo común de las cosas*, de Ricardo Riverón Rojas.  
*Melodías de mujer*, de Joely R. Villalba.  
*La guadaña de oro, Jesús, tú eres mi alegría y El hotel de los lunes*, de José Villacís.  
*Amaos los unos a los otros*, de Oscar Piñera Arenas.  
*Numeritos y palabras*, de Roberto Ferrer.  
*Afuera*, de Camilo Venegas.  
*Vendedor de espejos*, de Eliecer Barreto Aguilera.  
*Hasta el presente y Otro fuego a liturgia*, de Alina Galliano.  
*Fugitiva del tiempo*, de Emilia Currás.  
*Cuba, sirena dormida, Refranero español de décimas y Hontanar. Antología de décimas*, de Evelio Domínguez.  
*La memoria donde ardía*, de Olga Guadalupe.  
*Contemplación. Thoughts and Poems*, de Ileana González Monserrat.  
*Tribunal de sombras*, de Guillermo Arango.  
*Las palabras viajeras*, de Aimée G. Bolaños.  
*Cuba en verso: la isla entre rejas*, de Ada Bezoz Castilla. (2ª edición).  
*Vida ensombrecida*, de Eugenia Muñoz.  
*Lenguaje de mudos*, de Delfin Prats (ebook).  
*Adán en el estanque*, de Yoandy Cabrera.  
*Los poetas nunca pecan demasiado*, de Manuel A. López.  
*El centeno que corta el aire*, de Margarita García Alonso (ebook).



## Margarita García Alonso

Periodista, poeta, y artista visual. Licenciada en periodismo de la Universidad de la Habana. Máster en Industrias gráficas, Francia.

Ha publicado los poemarios *Sustos de muchacha*, Ediciones Vigía, 1988; *Cuaderno del Moro*,

Letras Cubanas, 1991.

En las Editions Hoy no he visto el paraíso han visto la luz los poemarios: *Maldicionario*, *Mar de la Mancha*, *L'aiguille dans la pomme*, *La costurera de Malasaña*, *Cuaderno de la herborista*; así como el primer libro ilustrado sobre la obra de José Lezama Lima: *Lezamillos habitados*; las novelas para niños: *Garganta*, y *Señorita No y señora sí*; las novelas: *Amarar*, (también publicada en Ediciones El barco ebrio) y *La pasión de la reina era más grande que el cuadro*, 2012. El poemario (edición bilingüe español/francés) *La aguja en la manzana*, *L' échappée Belle*, Paris, 2013.

Ha obtenido numerosos premios como pintora y otros tantos en concursos literarios. Laureada en la Taberna de poetas franceses, y publicada por “Yvelinesédition”, en Marzo 2006.

Creadora de Editions Hoy no he visto el paraíso.

Reside desde 1992 en Francia. En Cuba fue directora del semanario cultural *Yurumí* y editora de *Casa de las Américas*.



9 788480 173346

editorial **BETANIA**

Colección BETANIA de Poesía